

¿NO HA VISTO USTED «LA NATIVIDAD», DE LARA?

AQUÍ LA TIENE :

Pedir a un pintor juicios sobre otro pintor es un riesgo que vale la pena. Así, el objeto a criticar y nuestra intimidad se hacen problema, y, claro es, como en todo problema, hay que dar con la solución.

Esta solución tiene que venir de lo primero que como pintores hemos de amar: el orden de las cosas.

Así, pues, al escribir unas líneas sobre Carlos Pascual de Lara, yo no tengo más remedio que poner mi intimidad al alcance de todos los ojos, hacer mía la pintura que no he creado y, como si fuera uno de tantos obstáculos plásticos, desentrañarla.

Carlos Pascual de Lara es un pintor joven y exquisito, pero es fácil. Tiene una plástica elegante, pero no conseguida; presenta un sistema de planos, pero no construye. Construir es adentrar, no sumar.

Desconoce el corazón del color, aunque su faceta es auténtica e interesante. Da emoción a los temas, pero no propia todavía.

Tiene dulzura y pincelada limpia. Pero la pintura, además, debe tener cuerpo.

Es inteligente en su dibujo, y cultivado; mas en él veo dos peligros: la facilidad y el eclecticismo. Pintar es encarnarse.

Estudiar, tener concepciones plásticas, conocer el dibujo, valorar el color..., está bien, sobre todo si, como en este caso, la construcción del cuadro se logra plenamente.

Esto veo en la pintura de Lara. A mi entender, este noble pintor quizá no hace arrancar a sus figuras desde el mismo paisaje: las superpone. Sin embargo, creemos que su ambición pictórica es una de las más sinceras del momento actual.

Es desenvuelto y tierno: su valor es la manera de distribuir. Tiene frescura.

Y, para concluir, tómense las palabras de un célebre texto: «No queráis ir hacia fuera. En el interior del hombre habita la verdad.»

BENJAMÍN PALENCIA

C. PASCUAL DE LARA

En primer lugar, desconozco qué significa exactamente la palabra estética. Por eso no intento dar una explicación estética de mi arte, sino quedarme quizás en lo auténticamente trascendente, por espiritual, de la obra. No es que para mí la estética carezca de trascendencia, pero creo que en todo caso nos ofrece una comprensión del arte en cuanto obra, sin penetrar en el ámbito del espíritu que la creó.

Para mí el arte es un problema de amor. Por ello estimo que la estética (digamos aquí, la perfección, la maestría técnica) de la obra de arte no está en función directa del contenido espiritual. Y digo que para mí el arte es problema de amor porque considero imposible manejar cualquiera de las dimensiones expresivas que se le ofrecen al artista si no existe una vinculación absoluta y directa con todas las realidades que se le ofrecen dentro y fuera de sí. De aquí que tantas veces veamos obras que, sorprendiéndonos por su perfección técnica, nos parezcan vacías de todo contenido e imposibles para el diálogo.

¿Vocación? Yo no pinto porque sí, y si no pintara, probablemente podría seguir viviendo: viviendo, claro está, en su más alto y completo sentido. Y, sin embargo, creo que el arte ofrece el más amplio campo de perfección, excluida, claro está, la santidad a los que veo siempre tan indisolublemente unidos.

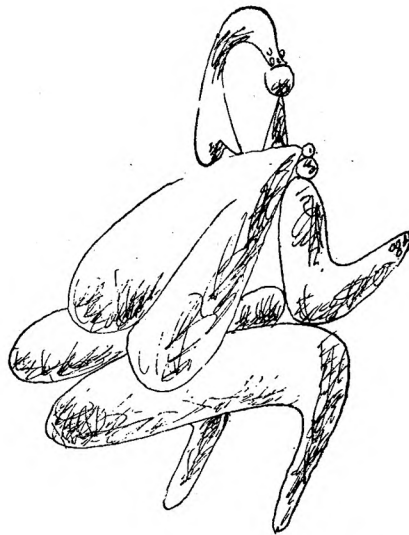
El cuadro, para mí, es el punto de fusión y enlace de mi realidad con las realidades ajenas. Es «el nudo» en el que se unen tiempo y espacio, materia y espíritu, condensando en un punto todas las llamadas que de fuera adentro y de dentro afuera extreman en el artista su «vocación de ser».

Por esto, cada cuadro ha de ser espejo de todo el orden cósmico a que cada hombre se siente llamado (de aquí que el orden y la santidad tengan un punto de tangencia en el infinito).

Por esto, cada cuadro es un pequeño universo en expansión, con posibilidades, dentro de su limitación estática, de una expansión dinámica paralela y pareja a la espiritual del artista.

He aquí por qué yo estructuro mis composiciones de un modo geométrico y con una arquitectura precisa en formas y volúmenes, que permite ampliarlas sin perder la armonía de proporciones.

Entre mi estética y mi ética se interpone todavía una dificultad: la de ensamblar y reunir en un todo armónico, en un solo cuerpo, el contenido y la forma, o sea, la dificultad de preñar de contenido a la forma.



B. Palomas